

RESEÑA DE LIBROS

V. VARIA

Memoria e identità. La cultura romana costruisce la sua immagine, a cura di MARIO CITRONI. Florencia, Università degli Studi, 2003. XII + 325 pp.

El libro recoge las ponencias de un congreso realizado en Florencia en 2002. Como indica Citroni en el prefacio, intervinieron investigadores de disciplinas diversas por lo que se recogen trabajos de muy diverso tipo. Son en total doce, a los que siguen un índice de pasajes citados, otro de nombres personales antiguos y un tercero de autores modernos.

El estudio de «Il mito romuleo e le origini di Roma» de Andrea Carandini plantea de entrada si la antigua tradición de los orígenes es una fábula o responde a una verosimilitud histórica. Se basa el autor para afirmar lo segundo en excavaciones realizadas por él y un equipo durante una quincena de años, cuyos resultados y reflexiones están recogidos en varias publicaciones sobre el tema. Retrotrae las fases más antiguas de la ciudad, datadas antes al final del VII a. C., a un periodo que va de la mitad del VIII a la mitad del VII; fundamenta su teoría en el hallazgo de los muros del Palatino con un foso y una puerta y con cabañas de guardia fechables, dice, poco después de mediados del VIII. En cuanto a que estos hallazgos confirmen o no las tradiciones analísticas y anticuarias admite Carandini que existe controversia. No cree que los muros descubiertos por él en la falda del Palatino hayan sido construidos sin que fuera destruido previamente un barrio de cabañas existentes en el fondo de un valle surcado por un foso que responde a la afirmación de Varrón *ubi nunc est Roma, Septimontium* que la analística no recoge. Sucesivas reconstrucciones y reparaciones de aproximadamente del 700, de comienzos del VI y de mediados de este mismo siglo se sucedieron, según Carandini, y su desaparición definitiva y quizá total tiene lugar a partir de Augusto y finaliza con Nerón. Cree el arqueólogo italiano que los romanos han conservado la memoria de la fundación porque estaban ligados a la primera obra pública, la primera Roma, que atribuían a un rey cuyo nombre era Rómulo. Conclusión para Carandino: Roma no nació de la nada, como decía la anticuaria y no admitía la analística, y la historia de Rómulo no es totalmente fantástica, no totalmente real. La tesis de una tradición muy antigua justificada por la existencia de restos arqueológicos pienso que puede encontrar confirmación en el relato que hace Virgilio en su libro VIII del reino de Evandro en el Palatino; ténganse en cuenta que Virgilio conocía muy bien la tradición anticuaria. El trabajo, cuya conclusión además de lógica es aceptable, podría haber sido mucho más breve, si se hubiese prescindido de consideraciones y de críticas e ironías en relación con detractores, que, a mi juicio, son excesivas.

En su estudio sobre «The Legend of Lucius Brutus», Timothy Peter Wiseman equipara la leyenda de Bruto a la de Rómulo por las diferentes versiones de ambas

que han llegado hasta nosotros procedentes de diferentes contextos cronológicos. Acepta para Bruto la definición de “héroe revolucionario de ficción”, ya que los acontecimientos relativos a la expulsión de Tarquino pueden haber sido distorsionados a lo largo de generaciones de transmisión oral. Estudia el autor los prodigios profecías y oráculos transmitidos por fuentes que van desde el siglo II a. C. hasta el XII d. C. (*Brutus* de Acio, Dionisio de Halicarnaso, Livio, Zonaras), un periodo entre cuatro y siete siglos posterior al acontecimiento, para concluir que existía una tradición narrativa mucho antes de la introducción de la historiografía literaria en Roma. Ello suponía una tradición oral con las consiguientes elaboraciones, omisiones, etc. Posteriormente los historiadores en *aemulatio* con sus predecesores introdujeron nuevos materiales o tradiciones diferentes. Pienso que esto corresponde a lo ya admitido hace tiempo a propósito de que Roma no crea una propia mitología porque mitifica los periodos prehistóricos para los que carece de fuentes.

Wolfgang Dieter Lebek en «Come costruire una memoria da Lucio Cesare a Druso Cesare» estudia las medidas con que en el periodo augusteo-tiberiano se orientaba la memoria colectiva a base de recuerdos repetidos siempre semejantes, orientados por supuesto la continuidad de la dinastía julio-claudia en momentos críticos, como en las muertes de Lucio y Cayo César, de Germánico y de Druso. Se establecen sucesivamente una serie de honores que se convierten en tradición. Más importante para conocerlos que las obras históricas son, dice nuestro autor, las inscripciones. Los nombres de los Césares muertos fueron introducidos en el canto de los Salios, consiguiéndose así la repetición de los nombres, un elemento típico de la concepción que de *memoria* tenían los romanos; también reformas electorales determinadas por ley consiguieron que todos los años durante las elecciones consulares y pretorianas se mencionasen los nombres de difuntos hijos de emperadores; estas y otras medidas que se detallan en el trabajo relativas a las representaciones teatrales (silla vacías, por ejemplo) y sacrificios estatales en las cercanías del Mausoleo trataban de impedir el olvido. Medidas de este tipo no hubieran sido posibles, dice el autor de este trabajo, durante el periodo republicano y sí en el momento en que el estado romano se había convertido en propiedad particular de la *domus Augustea*. Sobre la duración de este sistema conmemorativo sólo caben hipótesis.

El capítulo sobre «Sapere giuridico e identità romana. Una interpretazione» de Aldo Schiavone comienza por afirmar la importancia de la jurisprudencia clásica llegada a través del Código de Justiniano para la jurisprudencia y filosofía de la Europa hasta el siglo XIX; se señala la posterior ruptura entre juristas e historiadores en este aspecto, ruptura que trajo como consecuencia el aislamiento del derecho romano, reducido al ámbito de los juristas, con algunas excepciones que se señalan. Por otra parte, dice Schiavone, que las investigaciones se han centrado más en las instituciones que en el pensamiento de los juristas. Para un romano culto de época Ciceroniana, añade el autor, los estratos más antiguos serían la tradición pontifical y la ley de las XII Tablas, dos fuentes muy distintas, dos modelos alternativos, dado que las segundas habían sido impuestas por las luchas plebeyas; que su interpreta-

ción quedase en manos de los pontífices trajo como consecuencia una especialización jurídica, diferente de la oratoria forense y de la actividad legislativa de asambleas y magistrados, y que desde su carácter “técnico” entrase a formar parte de la educación aristocrática y quedase ligada al poder político; analiza el autor desde este punto de vista *De re publica* y *De oratore* de Cicerón. La conclusión es que, a pesar de que la jurisprudencia se convierte en la ciencia del imperio y en instrumento de la administración pública sobre todo a partir de Trajano, el intento fracasa.

El estudio de Claudia Moatti «La construction du patrimoine culturel à Rome aux I^{er} siècle avant et I^{er} siècle après J.-C.» comienza con la definición de lo que la autora considera patrimonio cultural. La codificación del pasado a partir del siglo II a. C. se debe, dice Moatti, a gramáticos, juristas, concedores del derecho sagrado y eruditos de diverso tipo y ellos son los que establecen lo que merece ser transmitido. Hace la autora un recorrido por la historia de la memoria desde que era privilegio de las familias patricias evocado por las *imagines* hasta que la escritura la saca del ámbito familiar y la universaliza, deteniéndose someramente en el periodo augusteo. Se destaca el proyecto de César retomado por Agripa de ofrecer al pueblo las obras de arte de los domicilios privados y de los templos: así adquirirían carácter patrimonial. A lo mismo contribuiría la creación de bibliotecas iniciada por Asinio Polión. También Roma conquistó un patrimonio para la posteridad con las armas y ello explica para la autora italiana que el patrimonio romano tenga más que ver con el espacio que con el tiempo. Los últimos tiempos de la república y primeros del imperio, momento de constitución de un patrimonio cultural, nos encontramos con un culto por los monumentos antiguos y por la antigüedad.

En su trabajo sobre «Il concetto di antico in Varrone» Elisa Romano señala la imposibilidad de formular hipótesis de interpretación general debido a la pérdida de todo el *corpus* de la obra anticuaria del autor y a las deficiencias editoriales de los fragmentos; hay que recurrir fundamentalmente bien a otras obras varronianas o a testimonios externos e interpretaciones de autores antiguos. De acuerdo con esto, la autora recurre a testimonios como los *De ciuitate dei* de Agustín en que Varrón se compara con Eneas por haber salvado a los dioses de la indiferencia de sus conciudadanos y que es una especie de índice de los cuarenta y un libros de la obra que vienen a constituir el conjunto del pasado de Roma. El proyecto varroniano corresponde a un momento en que el patrimonio cultural está en peligro y parte se ha perdido o está a punto de perderse: esto se ve en relación con los cultos, con el urbanismo y topografía antigua, con el lenguaje, con personas (entre ellas poetas y escritores). Con respecto al pasado Varrón lo dividía en tres etapas: desde el origen del hombre hasta el diluvio (tiempo oculto), desde el primer diluvio a la primera olimpiada (unos 1600 años) y el tiempo histórico. Dentro de este último puede individuarse una “antigüedad” que para Varrón coincide con pasado en sentido amplio. Según Agustín el interés de Varrón estaba centrado exclusivamente en Roma y no fijaba límites cronológicos rígidos.

Emanuele Narducci estudia «La memoria della grecità nell’immaginario delle

ville ciceroniane» basándose fundamentalmente en textos ciceronianos que revelan el interés de Cicerón por la decoración de sus domicilios. Su afición iba desde crear conjuntos arquitectónicos a los que daba nombres griegos: dos gimnasios denominados Liceo y Academia respectivamente, por ejemplo, hasta encargar a Ático que le comprase en Atenas obras de arte para decorar su *uilla* y libros para la biblioteca. Le interesaban especialmente estatuas. El gusto de Cicerón no es el de un entendido ya que no busca autores famosos, sino productos estandarizados de talleres neoáticos contemporáneos a él. Con respecto a los objetos de metal no se encuentran en el de Arpino referencias a objetos y vajillas que solían adornar las casas romanas. Con esta evocación de lo griego cree Narducci que lo que intentaba Cicerón era reflejar un status social más que intelectual. Tal vez también, dice el autor del trabajo, a su interés por lo griego podía contribuir el recuerdo de su estancia en Atenas cuando joven.

En el estudio de «I proemi delle Tusculanae e la costruzione di un'immagine della tradizione letteraria romana», Mario Citroni señala la actitud de emulación de Cicerón con respecto a las artes y ciencias de Grecia. En los proemios de los libros I y IV el arpinate no reconoce a los griegos un talento superior al de los romanos en las ciencias y en las artes; lo que ocurre para él es que estos últimos han preferido otras actividades, como pueden ser, por ejemplo, el arte militar y el ejercicio de la *uirtus*. Es más, dice Cicerón, cuando los romanos se han interesado por algo, la oratoria o la poesía, por ejemplo, han conseguido en poco tiempo grandes logros; hay que tener en cuenta, además, el retraso cronológico de la cultura romana con respecto a la griega. En el proemio del libro II estimula a los capaces a la creación filosófica para poder plantear debates semejantes a los de la filosofía griega y conseguir la primacía filosófica; añade al estímulo algo que es contradictorio, dada la veneración que Cicerón sentía por la cultura griega, con otras afirmaciones ciceronianas: que podrían prescindir entonces de las bibliotecas griegas. Era sin duda un exceso nacionalista y patriótico. No hay que tomar al pie de la letra afirmaciones como ésta, ya que en el conjunto de la obra ciceroniana se demuestra que el estudio de los grandes autores griegos es esencial; cree Citroni que Cicerón sólo admite la emancipación desde el punto de vista del público. Finaliza Citroni manifestando que Quintiliano no presenta las contradicciones que se observan en Cicerón.

Glenn W. Most en «Memoria e oblio nell'Eneide» analiza la memoria y el olvido en el episodio final de la *Eneida*. Se fija también en actos de olvido y memoria en relación con otros textos, por tanto en actos poéticos tanto intratextuales como intertextuales, dando ejemplos de unos y otros. Entre los intertextuales señala correspondencias con la *Iliada*, señalando las analogías y diferencias. Se fija también Most en las relaciones que Virgilio establece entre el conjunto de sus obras haciendo de ellas un todo cohesionado, añadiendo ejemplos que lo muestran. Estudia a continuación la presencia de la memoria en *Bucólicas* y *Geórgicas* y la propia *Eneida* fijando la atención en la memoria política y en la memoria y olvido eróticos. Se detiene el autor en el especial acto de memoria constituido por los libros II y III, en el papel crucial del libro VI. A propósito de las virtudes del escudo ofrecido a Au-

gusto por el senado: *uirtus*, *iustitia* y *pietas* explica el sentido de éstas y las contrapesa con la *clementia* que identifica con el querer olvidar y en consecuencia perdonar, y expone los pasajes en que en la *Eneida* Eneas es elogiado por las tres primeras y llama la atención sobre el hecho de que Virgilio no lo alaba nunca por su *clementia*. No la muestra con Turno cuando ve el balteo de Palante y el recuerdo de su muerte le hace olvidar lo que en VI 851-853: ... *memento*/ ... / *parcere subiectis et debellare superbos* (Turno en ese momento estaba *subiectus*).

En “Immagine del passato e cultura dell’urbanitas nei Fasti” Mario Labate afirma que en época augustea la representación del pasado se orientaba en su descripción de lo antiguo a dirigir la atención de los lectores a las *uirtutes* relacionadas con lo que el poeta evocaba. Para Labate los Fastos obedecen a un proyecto que ve en un poema anticuario que consideraba el calendario religioso y civil, el lugar más adecuado para la elaboración de una identidad cultural augustea más compleja y universal que la que correspondía a un moralismo arcaizante. El estudio del profesor italiano se centra en la consideración de las calendas de abril; analiza las fuentes anticuarias que pueden orientar en el estudio de Ovidio. En la festividad objeto de la fecha citada, relacionada con el culto de Venus, Ovidio incluye a las mujeres de toda clase y condición y describe con minuciosidad los detalles de las distintas fases y aspectos de la ceremonia. El análisis erudito y detallado lleva a Labate a concluir que la festividad proyecta una imagen compleja y moderna de la mujer romana desligada del modelo de la matrona tradicional.

Sandra Citroni Marchetti en «La veglia e il dipinto: i modelli culturali del programma di laboriosità di Plinio il Vecchio», partiendo de la epístola dedicatoria y analizando otros pasajes, señala que Plinio con su *Naturalis historia* pretende realizar una obra útil y a la vez de contribución al programa político de los Flavios subordinando la actividad cultural al interés público; para ello sacrifica su sueño al trabajo con, como dice Plinio el Joven, *summa uigilantia*. La autora recoge testimonios de Tore Janson que afirma que el énfasis sobre la circunstancia de no dormir para trabajar es común a muchos escritores romanos y se encontraba ya en Calímaco; no comparte la estudiosa que el motivo del trabajo nocturno tenga en Plinio la intención de indicar perfeccionismo como hacía Clímaco, sino que justamente indica lo contrario: la insuficiencia de su obra; ve Marchetti una afinidad con Séneca en sus *Quaestiones naturales*, concretamente en su libro III cuando dice que por ser viejo no disponía de mucho tiempo y por ello debía utilizar las horas nocturnas. Señala también Marchetti que en Plinio hay además una intencionalidad política: la de destacar su actividad política y que con quien tiene mayor afinidad es con algunos pasajes de las *Leyes* de Platón que la estudiosa analiza para concluir que las *Leyes* formaban parte de las lecturas y la cultura de Plinio. Ve también que hay una relación entre Platon y *De re publica* de Cicerón y se pregunta si hay una relación directa Cicerón-Plinio para afirmar que el *De re publica* está explícitamente presente en el prefacio pliniano.

Gianpiero Rosati, en «Quis ille? Identità e metamorfosi nel romanzo di Apuleio»

inicia su trabajo aludiendo al problema de las fuentes de las *Metamorfosis*; pasa después a hablar de la semejanza entre el autor y el protagonista narrador y plantea en tercer lugar el problema de la ubicación de la obra en la literatura latina. Para Rosati es un texto «transferido» del griego al latín. El perfil biográfico del personaje, dice Rosati, no se corresponde con el de Apuleyo, a la vez que es problemática la atribución del prólogo al narrador. El hecho de que se narre en latín una *fabula Graecanica*, continúa Rosati, plantea al lector romano el problema de la identidad cultural de la obra. Si se analiza la presencia de Roma en ella resulta perceptible gracias muchas veces a intrusiones, que no son para Rosati descuidos sino intervenciones deliberadas del autor que interrumpen la ficción narrativa (Roma sólo entra directamente en el último libro, cuando el protagonista se traslada). Compara el estudioso italiano el traslado de la escena desde Grecia a Roma con el que se hace desde Oriente a Occidente en la *Eneida* y en las *Metamorfosis* de Ovidio, pasos en ambos casos del mito a la historia del pasado al presente; también para el Lucio de la novela es el comienzo de una vida nueva y supone una plenitud espiritual. Llega Rosati a la conclusión de que mediante un desdoblamiento entre ambientación geográfica en Grecia y una ambientación cultural en el mundo romano realiza Apuleyo en *Metamorfosis* algo análogo a lo que decía en la *Apología*: ser creativo en la lengua latina y un mediador cultural entre uno y otro mundo: el griego y el latino. Concluye Rosati, por otra parte, tras estudiar la aventura experimentada por Lucio que éste es protagonista de una épica degradada.

El reseñar un libro que incluye trabajos muy diversos realizados con ópticas distintas y por estudiosos de formación e intereses muy diferentes sólo permite dos opciones: o limitarse a una exposición lo más somera posible de los contenidos, o analizar con espíritu crítico sólo aquellos que encajan con los conocimientos y campo de estudio del reseñador. He optado por la primera porque, de no hacerlo, la reseña tendría que pasar en silencio por parte de los estudios incluidos en el libro. A la hora de pronunciarse, puedo decir que, desde mi punto de vista, los de mayor interés son los de Carandini, Mario Citroni, Most, Labate, Citroni Marchetti y Rosati que sin duda merecerían otra atención con otros criterios que los que yo les he dedicado

DULCE ESTEFANÍA
Universidad de Santiago de Compostela.